

Ensayo sí, novela no

Sara Sefchovich

Luego de leer y escribir novelas con entusiasmo, Sara Sefchovich identifica el callejón sin salida en que se encontraría buena parte de la ficción contemporánea, en su intento por sólo asediar el mundo íntimo de sus autores. La ensayista de El cielo completo plantea un alegato por los poderes intelectuales y de conocimiento que hoy en día albergan, en mayor medida, la prosa argumentativa y la crónica.

1

Siempre pensé que las novelas, como escribió Wolfgang Iser, “con su estructura doble, lingüística y afectiva, le llevan ventaja a nuestra experiencia de la vida”.¹

Y eso lo creí tan a pie juntillas, que por eso pasé muchísimas horas de mi vida leyendo novelas. Y no sólo eso, pensando en novelas, hablando de novelas, estudiando sobre novelas y hasta escribiendo yo misma novelas, una de las cuales construí precisamente con lo que las novelas habían dejado en mí.

Pero, eso es tiempo pasado. Hoy ya no leo novelas.

Si me preguntan por qué, la respuesta es a un tiempo simple pero compleja: dejé de leer novelas sin proponérmelo. Me fue sucediendo, conforme experimentaba una gran desilusión con eso que llamamos “ficción”.

La desilusión tuvo (y tiene) que ver con que esas construcciones verbales e imaginarias “están desconectadas de

la realidad”, como afirma David Shields; en ellas “todo suena falso y vergonzante”, como dice Rachel Cusk; sucumben a la servidumbre de lo completo, al peso de una trama sostenida, de una argumentación contumaz, diría Antonio Muñoz Molina, y ponen demasiado orden y lógica en la realidad, siendo que “la vida es un desorden que se desliza a través de la palabra” como decía Roland Barthes.²

Pero, curiosamente, la desilusión también tiene que ver con exactamente lo contrario: con que las novelas de hoy no construyen personajes ni historias ni crean un mundo que tenga lógica, interés o atractivo, y resultan aburridas en su juego con las palabras y en su insistencia en la experimentación formal.

No soy la única que piensa así. Jordi García se pregunta: “¿A dónde ha ido a abreviar la literatura para que tantos lectores sientan que ya no les atañe? ¿Por qué la

¹ Wolfgang Iser, “El acto de la lectura: consideraciones previas sobre una teoría del efecto estético” en Dieter Rall (compilador), *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*, UNAM/IISUNAM, México, 1987, p. 123.

² David Shields y Rachel Cusk citados en Tom Perotta, “Fall from grace”, *The New York Times Book Review*, 10 de mayo de 2015. Antonio Muñoz Molina, “Voz del insomnio”, “Babelia”, suplemento de *El País*, 9 de mayo de 2015. Roland Barthes citado en Sandra Lorenzano, *Escrituras de sobrevivencia. Narrativa argentina y dictadura*, UAM/Beatriz Viterbo/Miguel Ángel Porrúa, México, 2001, p. 153.

narrativa no satisface la exigencia de una mirada analítica?”. Y él mismo se responde: “Es demasiado complaciente, demasiado irónica, demasiado artificiosa”.³

Vilma Fuentes lo explica así: “Se supone que lo que ahora gusta (o eso nos ha hecho creer el sistema publicitario) es el parecido entre el lector y el antihéroe, la persona común que aparece en la literatura es la que nos permitiría identificarnos... El heroísmo parece haber desaparecido de buena parte de la producción literaria... buena parte de las novelas... son más el producto de una fabricación que de una búsqueda creativa”.⁴

En resumidas cuentas, lo que me ha alejado de las novelas de hoy son sus pequeñísimos intereses, sus mundos chatos, sus objetivos estrechos, sus sinsentidos. No encuentro en ellas esa “relación de la literatura con el mundo”,⁵ que encontré en Tolstoi y Dostoyevski, Pamuk y Kadaré, Coetzee, Maalouf, Yourcenar, Mahfuz, Javier Moro y Dominique Lapierre.

Las novelas de hoy (y esto de hoy es complicado de definir, porque siguen escribiendo y publicando Rushdie, Elena Ferrante, Arundhati Roy, pero en mi idea de las cosas lo suyo no son novelas de hoy sino de ayer), no me provocan esa conmoción que estimulaba mi vida, mi imaginación y mis sueños. Roberto Bolaño, Siri Hustvedt, Etgar Keret o Valeria Luiselli escriben libros que pasan por mis manos, pasan por mis ojos y pronto se me olvidan.

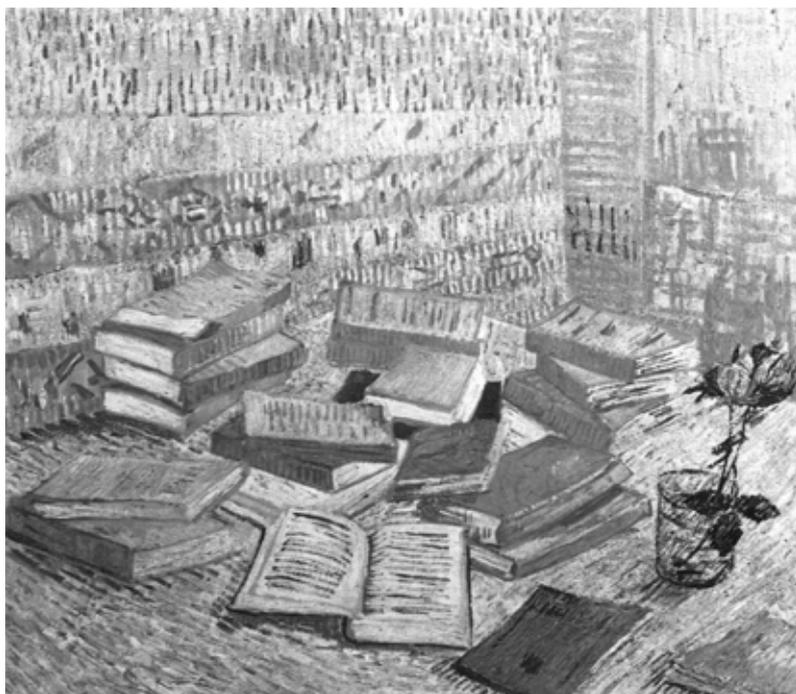
Y no lo digo por sus temas, porque para que una novela atrape no tiene que ser sobre esto o aquello, sino porque carecen de ese algo que hace que la literatura sea más que juntar palabras, por bien hecho que pueda estar dicho juntamiento.

Y ese algo es lo que mueve y a lo que apela el texto, que consiste, o debería consistir siempre, en conseguir que yo lector mire el mundo con una luz distinta, que no pueda salir indemne del libro.

¿Qué son las novelas de Kenzaburo Oé y Diogo Mainardi sobre sus hijos enfermos? ¿Qué es la de Francisco Goldman sobre la muerte de su compañera arrastrada por una ola en el mar, o los relatos de Ángeles Mastretta contando una y otra vez sobre su madre y sus tías y su infancia y su cotidianidad? ¿O las de Haruki Murakami regodeándose en sí mismo, pues “quiero que mis personajes sean individualidades absolutas”, como dijo en alguna entrevista?⁶ Son todos sin duda excelentes escri-

tores, pero a mí, como lectora, me producen, como dice el título de un cuento de Álvaro Uribe: nada.

El problema radica a mi juicio en la obsesión de los escritores consigo mismos. Es la preocupación por y la ocupación de su propio ser. Nada más. Narciso enamorado de sí mismo, escribiendo novelas sobre ese “gran tema” que es su propia persona. Es el protagonismo del individuo sin mundo exterior, es el mundo sólo como periferia de su persona o como proyección de sus invenciones o fantasías interiores. Es el universo poblado de seres humanos que se bastan a sí mismos, que son la única realidad, el único sentido y fin de todo. “Bienvenidos a la era del vacío”, diría Gilles Lipovetsky, la era sin “causa romántica, afán revolucionario, política públi-



Vincent van Gogh, *Naturaaleza muerta con novelas francesas y rosa*, 1888



Vincent van Gogh, *Naturaaleza muerta con Biblia*, 1885

³ Jordi García, “La sociedad literaria contra las cuerdas”, “Babelia”, 26 de abril de 2014.

⁴ Vilma Fuentes, “Regreso literario en Francia”, *La Jornada*, 29 de agosto de 2015.

⁵ Raúl Puello Arrieta, “Presentación: una invitación a la provocación intestinal” en Gregory Jusdanis, *Los adversarios de la ficción. Una defensa de la literatura*, traducción de Nayib Abdala y Vicente Raga, Universidad de Cartagena, Cartagena de Indias, 2014, pp. 5 y 6.

⁶ Haruki Murakami citado por Tim Parks en una reseña sobre varios de sus libros, *The New York Times Book Review*, 23 de octubre de 2014.

ca, o proyecto heroico que logre capturar nuestro interés. A no ser por uno: YO”.⁷

Y me pregunto: ¿es la interioridad ese lugar tan significativo e importante?

Me parece que no, que como dice Fabrizio Andreella:

No es más que el templo ideal que la mente ha elegido para su coronación como reina del mundo. La invención de la interioridad le ha permitido utilizar la existencia como cancha para el juego que más prefiere: la interminable búsqueda de sí misma para conquistar y controlar la realidad. La mente que se refleja en todo lo que contempla y que transforma en parte de sí misma todo lo que ve... La mente que amontona imágenes y recuerdos, fantasías y juicios, comentarios y monólogos incesantes, miedos y deseos, y con todo eso llena el hueco llamado interioridad.⁸

Eso es lo que hoy tenemos: el yo que se cree dios, que se siente completo y no necesita de nada ni de nadie. Y eso lo hacen por igual los nuevos (Milena Busquets, Valérie Mréjen) que los establecidos (Paul Auster, Patrick Modiano). Ningún ejemplo mejor que Karl Ove Knausgård, la sensación noruega del momento, un señor que ha escrito seis gruesos volúmenes de mil páginas cada uno para escharbar en su sola persona y contar cada instante de su vida y de su pensamiento.

II

¿De dónde sale este modo de escribir?

Según el escritor polaco Andrzej Stasiuk, de que nadie cree en nada y todos tienen miedo. Andreella está de acuerdo: “Allí, acurrucado en ese refugio, el yo tiene la sensación de ser protegido contra la intemperie del mundo”.⁹

Pero, según yo, el asunto no es tan romántico y más bien es producto del exacerbado individualismo en que vivimos, ese que hemos construido pacientemente desde hace más de un siglo, ese que nos enseña que sólo debemos pensar en nosotros mismos, ese que nos dice que tenemos derecho a considerarnos el centro del mundo y más todavía, que nos merecemos todo.

Por eso, no es lo mismo Ana Frank contando en su diario la tragedia que vivía o André Malraux decidiendo

⁷ Gilles Lipovetsky citado en Nicolás Alvarado, “El (no) evangelio según Lipovetsky”, *Milenio Diario*, 29 de septiembre de 2015.

⁸ Fabrizio Andreella, “La interioridad o la paradójica edificación de un hueco”, “La Jornada Semanal”, suplemento de *La Jornada*, 6 de septiembre de 2015.

⁹ Andrzej Stasiuk citado por Slavoj Žižek y Boris Gunjevi, “Para una suspensión teológico-política de lo ético”, introducción a *El dolor de Dios. Inversiones del apocalipsis*, Akal, Madrid, 2013, pp. 29 y 30. Fabrizio Andreella, art. cit.

si se suicidaba en la China de los años veinte, o las confesiones de Rousseau y de san Agustín, o la autobiografía de Mircea Eliade o los recuerdos de Carl Jung, que Knausgård o Busquets en sus estrechísimos mundos. Ellos no apelan al recuerdo y a la introspección para hacernos conocer y comprender y plantearnos preguntas, sino que hacen un espectáculo público de su intimidad.

El círculo se cierra: un mundo en el que ya no le interesa a nadie salirse de sí para mirar a los otros, lo que quiere, paradójicamente, es llenar a los otros de sí. Un mundo en el que se ha pasado de la búsqueda de la interioridad como espejo a la búsqueda de la interioridad como ventana: que todos (me) vean, que todo (yo) sea escaparate.

Esto llega a su extremo en la obsesión con el propio cuerpo. “La vida constituye texto a partir de mi cuerpo. Soy ya texto”, escribió Hélène Cixous,¹⁰ frase que elimina de un plumazo al mundo, a todo lo exterior.

Pero allí están quienes creen que así es: Tununa Mercado, Guadalupe Nettel. Escribe Mercado: “He pasado mi vida en este compartimiento de mi persona... haciendo pasar de un lado al otro, desde arriba hacia abajo, de este a oeste y de norte a sur y por todos los infinitos puntos cardinales intermedios de mi universo... librada enteramente a las manifestaciones propias de ese cuerpo que soy yo, presa de la obsesión sin fin que puede llegar a pulverizar la realidad, buscar allí la respuesta del enigma”.¹¹

Martín Caparrós dice que en tiempos sin cuerpos sociales bien definidos, muchos intentan defender el último bastión, el refugio final: el cuerpo propio. Esto tal vez explica el fenómeno, pero explicado o no, no me interesa. Porque transforma el arte en algo muy menor, muy ordinario, como diría Gregory Jusdanis.¹²

III

En cambio, en el ensayo encuentro hoy eso que ayer hallaba en la novela: una guía para pensar, una perturbación, una iluminación. Ese momento especial en el que de repente uno entiende, conecta, relaciona. Ese instante único, mágico que cambia nuestra mirada sobre las cosas. Temas, preocupaciones, modos de interpretar la realidad, vacíos y dudas con los que uno puede hacerse preguntas, inventarse proyectos y explicarse mundos.

“¿En qué momento exilió a los novelistas de sus lecturas?”, le pregunta Thelma Gómez Durán a Ruy Pérez Tamayo, y este responde: “Cuando me di cuenta de

¹⁰ Hélène Cixous citada por Sandra Lorenzano, *op. cit.*, p. 101.

¹¹ Tununa Mercado, *En estado de memoria*, UNAM/Dirección de Literatura, México, 1992, p. 64.

¹² Martín Caparrós, “En el pulso”, *Revista Interjet*, septiembre de 2015, p. 104. Gregory Jusdanis, *op. cit.*, p. 18.

que había un mundo filosófico que había escarabado sólo por la superficie”.¹³

Exactamente. Eso es.

Entrar al ensayo significa dejar atrás las largas descripciones del paisaje de Alice Munro, el mujerismo principiante de Adeline Yen Mah, la invención de que la vida en su pueblo natal era maravillosa de Nozipo Maraire o la predicación de Susana Tamaro y pasar a ese otro lugar en el que, como dijo la Nobel Herta Müller, uno no lee literatura sino que lee para saber cómo funciona la vida.¹⁴

Es el lugar donde están Séneca y Montaigne, Freud y Jung, Walter Benjamin e Isaiah Berlin, Pierre Bourdieu y Octavio Paz, y que hoy ocupan Malcolm Gladwell, Jared Diamond, Steven Pinker, José María Pérez Gay, Thomas Friedmann, Tony Judt, Bernard-Henry Lévy, Martín Caparrós.

Ese lugar donde conviven un poco de teoría y un mucho de reflexiones, ideas, interpretaciones, juicios que fascinan por la inteligencia que sus autores despliegan ante nuestros atónitos ojos y por el esfuerzo mental que nos exigen como lectores. Hay una enorme dicha en poder caminar con ellos, en darle vueltas a las cosas con ellos, en construir mundos con lo que se aprende con ellos, de tanto que nos despiertan y estimulan y enseñan.

Eso son para mí hoy los ensayos (académicos, científicos, literarios, históricos, de ideas, periodísticos, o incluso eso que se llama novelas sin ficción, como la última de Umberto Eco, “una falsa novela que podría ser ensayo”, como dice alguien,¹⁵ y no deja de ser interesante la paradoja de que para que una novela valga la pena tiene que ser un ensayo o contar realidades sin ficción). Eso son para mí hoy las crónicas. Textos que apuntan hacia algo, se construyen para decir algo y hacen un esfuerzo por lograrlo. Y en ese esfuerzo nos incluyen a los lectores. De allí el enorme placer que da leerlos.

IV

Javier Rodríguez Marcos afirmó recientemente que “el problema del Nobel de Literatura es que ha premiado a demasiados novelistas”.¹⁶ Tiene razón. Ya es hora de reconocer que, como escribió Horacio en su *Arte poética*, el arte y la literatura deben ser “vitalmente útiles”. Y esto ya no lo es la novela de hoy, pero sí lo son, sin la menor duda, el ensayo y la crónica. **u**

¹³ Thelma Gómez Durán, entrevista a Ruy Pérez Tamayo, “Confabulario”, suplemento de *El Universal*, 24 de abril de 2016.

¹⁴ Herta Müller, “La mentira histórica es lo común”, entrevista con Cecilia Dreytmüller “Babelia”, 8 de agosto de 2015.

¹⁵ César Antonio Molina, “¿Vivimos en la mentira?”, “Babelia”, 11 de abril de 2015.

¹⁶ Javier Rodríguez Marcos en “Ideas”, suplemento de *El País*, 11 de octubre de 2015.



Vincent van Gogh, *Natureza muerta con plato de cebollas*, 1889



Vincent van Gogh, *Natureza muerta con novelas francesas*, 1888



Vincent van Gogh, *Natureza muerta con libros y vela*, 1890